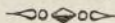


Plaza de San Pedro en Roma.

VIAJES.



PLAZA DE SAN PEDRO EN ROMA.

Nada hay mas hermoso ni causa mayor impresion que el entrar en esa inmensa plaza que precede al templo de San Pedro, esa maravilla del mundo, pasearse en la doble y gigantesca columnata que le circunda, al ruido de las dos fuentes colosales, cuyas aguas arrojadas á grande altura bajan convertidas en blanquísimo vapor. Allí se ve la magnífica fachada de la Basílica á que se sube por una porcion de escalones de piedra con espaciosos descansos, y cuyo perístilo guardan eternos centinelas, las estátuas ecuestres de Constantino y Carlomagno, ostentándose en medio de la inmensa plaza el obelisco de Heliópolis traído á Roma por Calígula y alzado allí magestuosamente por Fontana en el pontificado de Sisto V. Empresa grande vanamente intentada por otros papas.

La columna pesaba 963, 537 libras romanas y tiene mas de 100 pies de altura. Nicolao V. tuvo la ambicion de plantarla delante del vaticano, la muerte le sorprendió antes de realizar su proyecto. Mas tarde Miguel Angel fue invitado por Paulo III, para verificarlo, y Miguel Angel, que no retrocedia delante de ningun prodigio del arte, Miguel Angel, que habia construido la cúpula de San Pedro que parece suspendida en los aires, retrocedió ante este trabajo. En fin Sisto V. el papa de las empresas gigantescas, quiso que en los siglos futuros brillase su memoria en la cúspide del coloso egipcio. Convocó á todos los arquitectos del mundo, y eligió al jóven Domingo Fontana.

El diez de setiembre de 1586 Fontana se presentó sobre la plaza de San Pedro con 800 obreros, 150 caballos y 70 máquinas. Sisto V. el Papa, terrible en sus rigores, asistía en persona á las maniobras mandadas por el arquitecto. Como un silencio profundo era necesario para que se oyese las órdenes del artista clara é instantáneamente del ejército de operarios, á fin de obtener de un modo indudable el silencio, hizo promulgar que seria castigado con la muerte el que profiriese la menor palabra. El cadalso se hallaba levantado á un lado, el verdugo era tambien uno de los espectadores, y el pontífice era inflexible!

La maniobra habia comenzado: el coloso se elevaba lenta y pausadamente de la tierra. Jamás en medio de tan inmensa multitud reinó tanto silencio. Todos sabian que la muerte estaba pendiente de sus cabezas.

El anciano Papa echaba su mirada sombría y severa sobre

las 66 máquinas, y sobre el pueblo que temblaba de impaciencia. Fontana de pié sobre el tablado, mandaba las maniobras con la ansiedad de un hombre que ejecuta casi un imposible en presencia de su soberano, y delante de un pueblo entero atento á sus menores movimientos. El obelisco, que lentamente se levantaba del suelo, se detiene de repente, las cuerdas no estaban tirantes para poder concluir la erección del sublime granito, entonces de enmedio de aquella inmensa y muda muchedumbre alzóse una voz estentórea, vibrante, sonora, arrojando este grito: *Acqua alle funi! Mojad las cuerdas!* Era la voz de un marino que conocia el efecto que produce el agua sobre las cuerdas. Fontana sigue el consejo del desconocido, y el obelisco perpendicular, descansa al fin sobre su pedestal, y el cañon, las campanas, los aplausos de la muchedumbre ansiosa de romper el silencio, anuncian el feliz éxito. Fontana corre al trono del terrible Sisto V. para obtener la vida del desconocido que tan generosamente se habia ofrecido á la muerte, por el interés de su obra á él como artifice, y por la gloria de Roma al Pontífice.

Apesar de su severidad, Sisto V. no solo perdonó al joven marino, sino que le ofreció concederle cuanto le pidiese. *Forma un deseo y lo verás cumplido.* Pudo haberle demandado ser capitán de las galeras pontificias, un palacio, riquezas; pero el marino no pensó en abandonar el mar que sus hijos aman como una patria, no pensó sino en su pobre familia establecida en San Remo, pequeña poblacion de Génova. *Santo padre*, le dijo, *yo se que las iglesias de Roma consumen el domingo de Ramos una multitud de palmas, mi padre posee en la costa de Génova un bosque de palmeras: pido por único favor que mi padre y todos sus descendientes gocen perpétuamente el privilegio esclusivo de vender las palmas á las iglesias de Roma para la solemnidad del domingo de Ramos.*

La multitud se admiró de esta peticion. Sisto V. estrañó la modestia de su deseo, y concedió en el acto el privilegio. No era por cierto tan corta la recompensa del joven marino, algunos años mas tarde ya eran poderosos los propietarios de las palmeras de S. Remo. El beneficio que deja esta venta renovada todos los años es incalculable. Hasta hoy dura este privilegio, y todos los años los propietarios, ya millonarios, dirijen á Civitavecchia una flotilla cargada de palmas, de que se hace en Roma un consumo inmenso.

Ved aqui, amables niños, como Dios recompensa el acordarse de sus padres. El marinero de san Remo no se deslumbró con la proteccion del Papa. Pensó solo en su familia, é hizo su felicidad y la de sus descendientes cada dia mas ricos y poderosos despues de ochocientos cincuenta y seis años. M.

EL NIÑO MIMADO.



I.

LOS DOS MONTAÑESES.

Hará como unos cuarenta años que entre los mas notables comerciantes de Barcelona, se distinguia la casa de D. Juan Bautista Mendoza. Sin ser orgullosos Mendoza y su muger eran muy considerados en la ciudad, y en toda ella se hablaba de su colosal fortuna, y de sus buenas acciones: ambos eran económicos y muy caritativos. Acordábanse aun los ancianos de la parroquia de San Jaime, de haber visto llegar á Mendoza y su muger jóvenes ambos de las montañas de Asturias, y haber establecido en una estrecha casa una modesta tienda de hierro viejo, Juan Mendoza y María Aveiro eran hijos de las montañas, nacidos en la misma aldea, en su niñez conducian á un mismo prado los ganados que guardaban, se amaron desde jóvenes, y recibida la bendicion nupcial, y despues de haber hecho y desecho mil planes para hacer prosperar su escaso peculio resolvieron venir á Barcelona con un ligero bagaje, con poco dinero, llenos de vigor, de salud y de esperanzas á tentar fortuna. A fuerza de trabajo y de privaciones lograron vegetar en un principio. Nada les desanimaba y sacando resignacion y energía de su confianza en Dios, progresaron poco á poco hasta juntar un decente capital. Dobló este Bautista con acertadas y lucrativas especulaciones, y al fin llegó á ser uno de los mas opulentos comerciantes de la industriosa Barcelona. Juan y María pensaban siempre en las montañas de Asturias, aunque sin tratar de volver á ellas. Si el cielo habia sido pronto en bendecir su trabajo, habia sido lento en bendecir su himenéo. Largo tiempo fué todo su anhelo el tener un hijo á quien poder transmitir las riquezas que con tanto trabajo habian reunido. Veian aumentarse su fortuna con indiferencia, porque ya habian muerto sus ancianos padres, y solo tenian por herederos á parientes lejanos que no conocian; que los habian desdeñado en su indigencia y que ahora que los veian ricos se acordaban de ellos. Al fin cumplieron-se sus deseos, tuvieron un hijo que abrió los ojos en medio de la opulencia y al que se propusieron criar con todo esmero y darle la mas brillante y cumplida educacion: llamáronle Bautista.

EL NIÑO.

II.

Bautista era la delicia de sus padres, de una constitucion robusta, su cara tenia una gracia encantadora, cierto aire de viva-



ciudad y animacion y una espresion llena de talento y salud, que hacian olvidar facilmente lo que le faltaba de clase. Tenia bellas disposiciones, y su esvelta figura de niño se cambió despues en una singular aptitud para todos cuantos estudios emprendia. Hizo rápidos progresos en todo lo que le enseñaban, llegando á serle familiares las lenguas muertas, la literatura antigua, las lenguas modernas, los autores de todas naciones, la historia, la geografia, y en fin todas las ciencias. Juntaba á estos conocimientos, el de las ciencias de adorno, y era muy dispuesto para el baile, que á la sazón era uno de los ramos importantes en la sociedad en un jóven, para la esgrima, la equitacion, y toda clase de ejercicios gimnásticos; ademas pintaba, era músico, y aun se creia literato. A los diez y ocho años, Bautista Mendoza, cuya figura era hermosa, y en quien el hábito de la opulencia habia borrado la ordinariéz de su primitivo tipo, era lo que se llama un niño elegante. Sus sentimientos correspondian á sus luces, se mostraba hijo obediente y cariñoso, sus padres eran con él felices, y la vejez se les presentaba dichosa con tantas buenas cualidades como su hijo poseia. Bautista, era el ídolo de sus padres. Los dos montañeses rebotaban de gozo al contemplar á su hijo, á quien designaban con el nombre de «el señorito.» Nada era bastante para satisfacer sus caprichos, por otra parte como sus progresos habian recompensado ampliamente sus cuidados, lo hacian con gusto. Asi es que la juventud de Bautista se pasaba entre lo mas esquisito del lujo acaso prodigado con imprudencia, su constitucion fuerte no se enervó por la molicie pero contrajo hábitos de vanidad é insolencia. Tomó con todo, particularmente cierto aire de mundo, y una actitud imperiosa, que aumentaba la tolerancia de sus padres, con su condescendencia en ceder y obedecer sus menores caprichos. Una porcion de criados estaban constantemente á sus órdenes, tenia caballos, un bonito cabriolé y si sucedia que sus pobres padres encontraban el gasto excesivo, ellos que habian vivido con tanta economia no se atrevian á hacer observaciones en alta voz, y eran pródigos hasta el extremo, con su hijo. El señor Bautista, y su muger, habian conservado una posicion humilde, no visitaban á nadie, solo formaba su sociedad el señor Gonzalez que era de su mismo pais, y que habia asociado á sus especulaciones. Gonzalez, era hombre muy prudente, la fortuna le habia favorecido, y se habia acomodado con gusto á la nueva situacion. Visitaba diariamente á sus antiguos amigos, y partia con ellos el cariño hacia Bautista, á quien habia visto nacer; pero no tenia por él la misma condescendencia. Varias veces se habia permitido dirigir algunas observaciones vivas y sinceras, acerca de su perpetua condescendencia á todos los caprichos del jóven, y su franqueza daba á cada cosa su verda-

dero nombre, habiéndoles pronosticado que sino trataban de moderar el orgullo de su hijo, les causaria grandes disgustos.

Bautista se introdujo y fué bien admitido en la sociedad mas escogida, frecuentaba las grandes tertulias de tono, y no entraba por poca parte en estos sucesos su deslumbradora fortuna, pero él los atribuia á sus cualidades propias. Tenia aduladores que le alababan su erudicion y talentos literarios, le colocaban á la altura de los famosos pintores de la escuela moderna, le aconsejaban que diese una pieza al teatro, y se esperaba que hiciese representar un drama. Bautista estaba lleno de orgullo, la vanidad le ahogaba. En su casa cuando se encontraba solo con sus padres que vivian modesta y simplemente, se sentia primero descontento, y despues humillado de la ignorancia de aquellos. No hacia aprecio de sus cariños y atenciones, y los recibia hasta con disgusto, cada palabra que pronunciaban los ancianos, era para él una ocasion de sarcasmo, no les pasaba nada, les reprendia, sus burlas eran continuas y á veces crueles. Gonzalez ensayaba á veces el evitar estos golpes, que hacian hondas heridas en el corazon de sus dos amigos, él mismo se retiraba á menudo ofendido por la risa insultante y despreciativa del hijo de su amigo. Sin saludar apenas á sus padres se metia en su cuarto Bautista, se recostaba en el sofá, y les volvia las espaldas, no se mezclaba en las conversaciones de la familia sino para interrumpirlas bruscamente, manifestaba desprecio al comercio, de quien su padre hablaba con el gusto que un antiguo militar tiene en hablar de sus campañas; despreciaba todas las creencias, y se mofaba de todas las convicciones, y no podia disimular lo que le hacia sufrir la condicion humilde de sus padres. Cada dia se les hacia á estos mas insoportable su arrogancia: su orgullo, y su fausto, contrariaba sus gustos y hábitos modestos, y entiviaba calaveradas todos sus sentimientos acabando por poner toda la casa á disposicion de sus amigos, obligando á los ancianos, á alejarse de sus reuniones y refugiarse en las habitaciones del piso segundo de la casa, y alli descuidados y abandonados por su hijo y hasta por sus criados, que seguian el ejemplo de su amo el jóven, carecian á veces hasta de lo mas necesario. Solo el amigo Gonzalez le consolaba, y daba algun alivio á sus penas. Esta posicion llegó á ser tan penosa á los dos condescendientes padres que pasaban los dias y las noches llorando, sin atreverse á maldecir al hijo ingrato que les causaba tantos disgustos en cambio de las bondades de que le habian colmado. En cuanto á Bautista, no se informaba nunca de sus padres, y no los veia mas que cuando sus gastos le obligaban á recurrir á ellos que jamas le negaron nada. Hasta le ocultaban su llanto por no afligirle. Su orgullo que la vil complacencia, y la adulacion de falsos amigos habian llevado al exceso, trastornó todas sus facul-

tades, é hicieron desaparecer la bondad con que le dotó la naturaleza. Dejóse arrastrar por los vicios, y como el humilde nombre de sus padres heria su amor propio, recordándole un estado de abatimiento y de miseria, que él queria olvidar, hizo que le llamasen el Caballero de Santa Coloma; este nombre era el de una hacienda que su padre habia comprado y del que habia hecho cesion en favor del hijo, el mismo dia de su nacimiento.

III.

EL CASTIGO.

El Caballero de Santa Coloma acababa de entrar en casa cerca ya de media noche, todo denotaba en su actitud y exterior una extrema agitacion: sus cabellos en desórden, su camisa desplanchada, sus vestidos arrugados, su palidez sobre todo, y un temblor convulsivo que agitaba todos sus miembros, como los de un calenturiento indicaban una descomposicion violenta de todas sus facultades. Despues de haber recibido bruscamente los cuidados de su ayuda de cámara, le preguntó con voz sombría y concentrada, si sus padres se habian acostado.

—El señorito sabe bien, respondió este con un acento irónico, que esa pobre gente se acuesta muy temprano.

—Pero me parece que veo luz allá arriba en su cuarto?

—No dormirán acaso, pero están acostados.

El criado tenia razon, los dias del anciano padre, y de la desconsolada madre eran dias de pesar y llanto, y por la noche el sueño huia de sus ojos llenos de lágrimas.

El recuerdo de su hijo, no les abandonaba y no les causaba mas que pesar y desesperacion. Aquella noche sobre todo, la pasaron despiertos, porque empezaba una crisis decisiva para el resto de su existencia.

El caballero de Santa Coloma habia encontrado sobre su mesa, una carta del señor Gonzalez que le citaba á su casa al dia siguiente muy de madrugada. El contenido era tan urgente, que el orgulloso jóven no se detuvo á reflexionar en una circunstancia que le hubiera chocado en cualquiera otra ocasion. Acudió con la mayor exactitud á la cita del antiguo amigo de su familia. Encontróle levantado y preparado á esta entrevista, la serenidad de su cara tenia algo de imponente, y aterrador al mismo tiempo. Despues de los cumplidos de costumbre, Gonzalez presentó una silla al jóven, y con aire de gravedad le dijo: caballerito, yo tengo tristes noticias que comunicar á vd. pero su talento es tal que ya ha adquirido vd. una gran esperiencia, esta le pondrá en el caso de recibir con firmeza, y valor los golpes que tengo necesidad de anunciarle. No gustó nada al ca-

ballero Santa Coloma este preámbulo, sus facciones se alteraron visiblemente. Gonzalez parecia haberse tambien enternecido, agarró la mano del jóven, y con una voz meclada de sollozos, continuó: Bautista! no tiene vd. ya nada, sus padres se han arruinado, y vd. es el único apoyo de su vejez. Suspendió su discurso, como para moderar la violencia de esta primera emocion. El jóven tenia los ojos bajos, y parecia abatido... Gonzalez continuó despues con tono mas entero, las disipaciones de vd. han causado este mal, sus desgraciados padres en su ciega ternura para con vd. no han querido á pesar de mis avisos, advertirle la ruina eminente en que iban todos á precipitarse por el lujo y gastos exorbitantes de vd.: ellos no conocian otro amor que el de su hijo y todo lo han sacrificado, á los placeres de vd. Al presente amigo mio, corresponde á vd. el sostenerlos, y evitar que sus últimos dias los acorten las privaciones y la indigencia. La educacion, y los talentos de vd. pueden hacer que este caso no llegue, puede vd. hasta darles ensanche, y una vida cómoda. ¿Qué piensa usted hacer? Y los ojos del anciano querian penetrar en el corazon de aquel á quien acababa de dirigir estas palabras. Hubo un momento de silencio: Bautista, porque en este momento solemne habia dejado de ser el caballero de Santa Coloma alzó la cabeza; habia en su mirada una confianza noble, y si bien se veian aun brillar algunas lágrimas causadas por su primer abatimiento, tambien se conocia que acababa de tomar una resolucion firme y enérgica.

—Yo trabajaré, señor, y cuento con la proteccion de vd. para el efecto. ¿Donde están mis padres?—Se han ido á una aldea cerca de Barcelona, la presencia de vd. les afligiria: la idea del cambio de fortuna haria inaguantable la presencia de vd. Dejemos pasar algunas semanas, y entonces cuando esté vd. en disposicion de proporcionarles consuelos eficaces, iremos á verlos; hasta ese dia, yo me encargo de todo.

—Yo no esperaba tanto de la amistad de vd., pero yo me haré digno de ella. Tengo que tomar algunas disposiciones indispensables, y mañana á la misma hora me tendrá vd. en su casa. En este momento tuvo que reprimirse mucho Gonzalez para no abrazar al jóven que acababa de manifestar tan bellos sentimientos. En la mirada con que siguió á Bautista hasta que salió del cuarto, se demostraba la alegria, y la esperanza del buen amigo de sus ancianos padres.

IV.

LA ESPIACION.

Cuando volvió á su casa Bautista se informó de donde habian ido sus padres, y le digeron que habian marchado al rayar

el día con algunos paquetes en un coche de alquiler sin decir á donde; supo que la casa cuyo aspecto siniestro le habia sorprendido se hallaba invadida por gente de justicia para vender los muebles, y que anunciaba la próxima venta de la finca. Oyó estos detalles sin causarle la menor pena, tomó él mismo algunos efectos, y haciendo subir á uno de los prenderos que estaban agrupados en derredor de la casa, le hizo por mayor la cesion de todo cuanto tenia, libros, armas, alhajas, guarda-ropas y objetos preciosos: al desacerse de los objetos que habian sido compañeros inseparables de su vida bulliciosa y disipada, dió un suspiro; despues llamando al criado, pagó sus gastos, y los de sus camaradas, y le dió una fuerte suma para pagar una deuda que contrajo en el juego la víspera, y con algunos duros que le quedaron buscó un cuartito en una casa de huéspedes. Hecho este arreglo con sangre fria, al dia siguiente apenas Gonzalez se habia levantado, recibió la visita de Bautista: Vedme aqui dijo: » Yo no creia que era tan fácil el perderlo todo. ¿Qué haremos ahora?

—Yo he pensado en utilizar los talentos de adorno, de vd., estos son los mas apropósito para sacar partido de ellos pronto; voy á presentarle á vd. á un maestro de baile, que necesita un pasante, á quien he hablado ayer de vd., tendrá vd. dos pesetas por leccion, y aun podrá ganar de treinta á cuarenta reales diarios.

—¿Le conviene á vd. el partido?

Bautista hizo un gesto terrible, no habia previsto semejante proposicion: pasante de un maestro de baile, era para él una cosa baja en la escala social, y no podia acostumbrarse á esta posicion. Aceptó sin embargo y acompañó á Gonzalez, quien le hizo salir inmediatamente con él á la calle. No hablaron una palabra en todo el camino desde la casa de Gonzalez hasta la del maestro de baile. Este era hombre ya hecho pero de una constitucion femenil. Cuando entraron Gonzalez y Bautista, estaba dando leccion á algunos jóvenes, y les enseñaba él mismo las posturas y actitudes mas elegantes, y graciosas.

—Ola, caballero, le dijo á Gonzalez, ¿es este el jóven discípulo de quien me habló vd. ayer?.....

—No señor, es el sujeto que os propuse para pasante.

—¡ Ah si! ya me acuerdo.

—Y bien amigo ¿Qué sabe usted hacer?

Esta pregunta, hizo salir los colores al rostro de Bautista, que nada respondió.

—Veamos caballero, dijo el maestro: bailad un minué... dad la mano á esta señorita la... la... la... la... Vamos caballero.... Bautista estaba avergonzado, pero se resolvió á hacer las primeras cortesias... El maestro le volvió la espalda, y dijo en

voz bastante alta para poder ser oído, mas necesita tomar lecciones que darlas, este caballero.

Gonzalez le hizo señas de retirarse: despues de saludar con frialdad el maestro los condujo hasta la puerta de la clase.

—Me parece que no puede ser usted maestro de baile, á pesar de los aplausos de sala que obtenia usted. Este talento no puede servir de utilidad, ni á usted, ni á sus padres.

—¿Quiere usted seguirme á casa de un pintor?

—Con mucho gusto, contestó Bautista, á quien esta idea li-songeaba algo mas.

Marcháronse inmediatamente á ver al pintor.

Suben á su casa, se presentan, y despues de los cumplidos de estilo hablaron directamente del objeto de su visita.

—Ved aqui, dijo Gonzalez, á uno de mis amiguitos que desea utilizar sus talentos en la pintura, segun la opinion de los que han visto sus trabajos, se halla en disposicion de poder ayudar á vd. á pintar sus cuadros.

—Mucho me agrada que el señor sea tan aficionado é inteligente, respondió el pintor. Veamos, caballero, acabe vd. de pintar el ropage de esta figura...

Desde las primeras pinceladas el artista meneó la cabeza, detubo al jóven, y sin dirigirle ni una sola palabra lo separó del cuadro..... En la espresion de su semblante se leia una sentencia de reprobacion. Lágrimas de despecho se asomaron á los ojos de Bautista á quien procuró alejar de alli Gonzalez, mas no tan pronto que no viese entrar á un anciano labrador rústicamente vestido, por quien el pintor no obstante ser el mas célebre y afamado de la ciudad dejó el trabajo, y corriendo á su encuentro le presentó un sillón.

—Gracias hijo, dijo el labrador, no estoy cansado, no he querido pasar por aqui sin subir á ver los santos que estás pintando. El artista colocó con la mayor complacencia y sucesivamente sobre el caballete todos sus cuadros, y el padre lloraba de alegría, mientras el hijo besaba sus manos.

Detúvose Bautista delante de este tierno espectáculo, y salió despues precipitadamente, cubriendo sus ojos con la mano, y al través de sus dedos corrian sus lágrimas.

—Conozco, dijo Gonzalez despues que estuvieron ya en la calle un músico, pero nuestras primeras pruebas confieso que me han desanimado. Vamos sin embargo á verle, siempre es bueno hacer conocimiento con un hombre ilustre; y este es el mas alabado de nuestros compositores. Acaso encargará á vd. que corrija alguna composicion, porque he oido decir que la música era el fuerte de vd.

—En efecto, así me lo han repetido muchas veces en las tertulias á que concurría.

El músico hizo la mejor acogida á Gonzalez y á su protegido; para juzgar de su talento, le presentó un tema, sobre el cual le pidió que hiciese algunas variaciones. Bautista se puso al piano. Desde las primeras notas, el profesor hizo un gesto, y el jóven olvidando su situacion se levantó con un movimiento digno de su antiguo orgullo, pero el maestro no lo observó ocupado en ayudar á levantarse á una anciana vestida de aldeana que estaba al fuego, y que llevaba pañuelo á la cabeza, y sayas de otra como las lugareñas.

Esta era su madre! Bautista estaba atónito con estas emociones. Vuelto á su casa pasó el resto del dia en reflexiones y no durmió aquella noche. Todo lo que habia visto y oído, su impotente vanidad, la piadosa humildad de los grandes talentos que habia visitado, le recordaban sus desvaríos. Esperaba el dia con impaciencia para ir á casa de Gonzalez. Le entregó una carta para su padre, escrita en los términos mas respetuosos y firmada Bautista Mendoza. Ocho dias se pasaron, una semana mortal empleó aun en pretensiones: literatos, maestros de colegios, padres de familia, comerciantes fueron en vano perseguidos y ostigados con sus continuas visitas. Todo era inútil, en ninguna parte encontraban en Bautista la capacidad necesaria para los empleos que solicitaba. Llenóse del mayor desaliento, tembló de horror al aspecto de la miseria que amenazaba á sus ancianos padres por toda su vida.

La prueba era terrible.

EPÍLOGO.

Una mañana despues de haber pasado Bautista la noche en la mayor agonía, y huyendo del mundo y de sus amigos de quien habia invocado en vano la asistencia, recibió una carta del amigo Gonzalez en que le invitaba á que pasase al momento á su casa.

Bautista obedeció, cediendo á la necesidad, pero sin esperanzas. El amigo de sus padres le recibió sonriéndose, le dió buenas noticias de su familia, haciéndole entender que se habia salvado algo del naufragio, y que pronto se podria reunir á sus padres bajo auspicios mas favorables. Amigo, si usted quisiese, aun podria hacer el último esfuerzo para proporcionarle una colocacion.

Bautista no respondió.

—Se ha hecho vd. incrédulo, le dijo Gonzalez con efusion, y sin embargo á pesar de la economía con que vive ahora se agotan sus recursos, y debe.....

—Acaba usted de decirme que no es tanta la miseria de mis padres y esto me basta, yo ya sé lo que he de hacer.

—¿Pero Bautista, si yo le ofreciese á usted una plaza de se-

cretario de un anciano venerable, que asegura á usted una posición honrosa, y conforme á su educacion, no seria usted un loco en rehusarlo?

—Sea: respondió este, pero á condicion de que será lo último que me proponga usted.

—Lo prometo.

Marcharon, y Bautista dirijia en el camino á Gonzalez algunas preguntas que procuró este eludir. Llegaron al fin y entraron en una gran casa.

Cual fue la sorpresa de Bautista despues de subir la escalera al encontrarse en un gran salon en presencia de sus padres y al momento en sus brazos! Habian solo cambiado de casa que en nada cedia en lujo y magnificencia á la antigua; la ruina de su fortuna, la venta de sus muebles y de su propiedad, todo habia sido fingido para herir vivamente la imaginacion del jóven y darle una terrible leccion, que emociones como las que habia experimentado debian gravar indeleble y eternamente en su sensible corazon.

Contaron despues todo á su hijo, solo ignoró una cosa siempre; que las reprobaciones que habia sufrido en la casa de los artistas, los trabajos y humillaciones que habia experimentado no eran mas que escenas convenidas entre Gonzalez y sus amigos, para ajar su vanidad que solo tales golpes podian corregir.

Bautista se enmendó, fue desde entonces un excelente hijo, no se avergonzó de sus padres de quien fué el apoyo y consuelo, y á quienes habia debido la esmerada educacion que le sirvió no para despreciarlos creyéndose superior á ellos, sino para serles muy agradecido, y respetarlos.



JUEGOS DE LOS NIÑOS.



EL COLUMPIO.

Remóntase, amables niños, este ejercicio á una grandísima antigüedad. Preciso nos ha sido ojear las crónicas mitológicas para encontrar el origen del Columpio.—Ved aquí lo que hemos encontrado de mas cierto en el asunto.

Ébalo, rey de Laconia, padre de Erigone y de Penélope habiendo aprendido de Baco el arte de plantar las viñas, y de hacer el vino, hizo beber este licor á sus súbditos. Emborrachados estos creyéronse envenenados, y en venganza mataron á Icaris hijo de Ébalo.

Apenas habían cometido este crimen, cuando las esposas de los asesinos se vieron acometidas de un transporte de furor y rabia que ningun remedio humano bastaba á calmar. Consultaron al oráculo, que mandó que en espiacion del crimen cometido por los maridos, se instituyesen fiestas en honor de Icaris.

Llamáronse estas fiestas *Juegos Icaríenses*, y se celebraban mecidiéndose sobre una cuerda atada á dos árboles que es lo que en el dia se llama *Columpio*.

En las fiestas de las vendimias que celebraban los latinos en honor de Baco, hijo de Sémele, era igualmente costumbre el columpiarse sobre una cuerda atada á dos maderos.

Seguramente, hermosos niños, que vosotros no sabeis que al subir al columpio que hay en los jardines, ó que improvisais en vuestros juegos en el campo, atando una cuerda entre dos árboles, sois los imitadores de los jóvenes de la antigüedad, y que esta bonita diversion fué instituida en castigo de un crimen.

Al columpio sin duda debe su invencion la hamaca, en la que los marineros y los habitantes de los paises cálidos descansan.

Sino queremos conformarnos con el romántico origen del columpio que acabamos de referiros, tal vez podríamos satisfacer vuestra curiosidad buscando en otra parte el principio de este juego.

Habeis visto ¡niños míos! en el gabinete de historia natural, y tal vez en las jaulas de los pajareros un hermoso pájaro de vivos colores y doradas plumas que se llama Oropéndola. Este pájaro ata á dos ramas de árboles separados una hebra de yerba flexible, y suspende de estos dos frágiles lazos su nido que mece el soplo del viento de la mañana y las brisas de la noche.

¿No sería, pues, muy posible que al mirar el nido de la Oropéndola, juguete del aire, cuyo movimiento recibe, haya venido al hombre la idea de imitar para su recreo el ingenioso trabajo de este pájaro, que con el auxilio de dos cuerdas atadas á un árbol, y en medio de las que ha fijado un pequeño asiento, se haya perfeccionado el columpio?

Tambien hay una costumbre que ha podido dar la idea del columpio. En ciertas tribus salvages las madres tienen la costumbre de suspender á dos ramas de árboles la especie de estera tegida de juncos que sirve de cuna á sus hijos, é ínterin ellas se dedican á buscar el sustento, dejan al aire el cuidado de mecérlos.

De cualquier modo que sea lo cierto es, que el columpio es una diversion muy en boga, y que la antigüedad y los tiempos modernos se disputan su invencion, estando nosotros en posesion de haberlo perfeccionado.


Los columpios mejores y preferibles á todos los demas son los que están rodeados de una ancha red que previene y evita los accidentes que pueden resultar de un vahido ó de una imprudencia. Dos personas colocadas en un mismo columpio, pues que los hay que tienen dos asientos el uno enfrente del otro, por la impulsión alternativa de sus cuerpos, imprimen al columpio mas ó menos fuerza segun el empuje que le dan.

La mecánica ha pagado tambien su tributo al columpio, y habreis visto en algunos jardines, ferias y romerías, columpios

que llaman rusos, con cuatro asientos colgantes de una gran rueda que hacen describir á cada vuelta de la rueda un círculo completo á cada jugador que á su vez se encuentra en lo mas alto y en lo mas bajo.

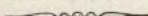
El ejercicio del columpio es muy divertido, y sirve para dar fuerza al cuerpo, por lo que se halla colocado en la clase de los gimnásticos, pero recomendamos á los niños y niñas mucha prudencia en este juego. Es preciso ser atrevidos en él y no tener miedo, pero nunca ser temerarios. No debe darse mucho impulso al columpio. Una imprudencia puede ocasionar una catástrofe y sumir en el luto una familia. Preciso es, pues, evitar siempre el que podais haceros mal, y aun mucho mas el hacérselo á otros.

M.



FÁBULA.

EL LORO, EL GATO Y LA VIEJA.



Cierta vieja con esmero
Criaba un loro y un gato :
Aquel grande zalamero ,
Pero este de esquivo trato,
Si bien cazador certero.

Deseoso de lograr
Ser en todo preferido
Trató el loro de alagar
De su señora el oído
Con un inútil charlar.

El gato muy al revés
Jamás á su dueña hablaba,
Mas dos á dos, tres á tres
Los ratones atrapaba,
Poniéndolos á sus pies.

En un tiempo que en ratones
La casa todita hervía,
La vieja mil espresiones
Al valiente gato hacia
Celebrando sus acciones.

Pero el lorito no obstante
Siempre sus delicias era,
Y á su jaula iba al instante

Cuando venia de fuera
Y le llamaba su amante.

Porque habiendo él observado
Que su flujo era la edad,
La decia el descarado

«Ama mia, no es verdad

«Que á los treinta no has llegado?»

Y con esto y con gritar

Siempre que habia visita

«No hay dama que en el lugar

«Con mi señora compita»

Llegó su efecto á ganar.

Así que para él buscaba

La vieja lo mejorcito,

Todo al loro se le daba,

Todo era para el lorito,

Y el gato de hambre rabiaba,

Ya un día, cansado al ver

Cuan de poco le servia

Limpia la casa tener,

Y que nada merecia

Su servicial proceder,

De la casa se fugó

Ya apurado el sufrimiento:

Mas de ratones se vió

La casa llena al momento,

Que el gato de ella faltó.

La vieja su chocolate

Cien veces halló roido,

Que ni arcon, ni escaparate

Le tenia resguardado

Del ratonil alicate.

Y aunque el loro se ofrecia

A remediar aquel daño,

Ni un raton pillar logró,

Ni le pillára en un año

Que á charlar solo aprendió.

Mas la sociedad valiera

Si del que es trabajador

Aprecio siempre se hiciera,

Y ensalzado no se viera

Tanto vil adulador!

